

CORONA FUNEBRE

DEL

ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SR. DR. D.

José Antonio Eguiguren E.

SEGUNDO OBISPO DE LOJA.



LOJA.—ECUADOR.

1911.

IMP. LOJANA.

Por M. A. Valladares.



ILMO. Y RDMO. SEÑOR

DR. D. JOSÉ ANTONIO EGUIGUREN Y ESCUDERO

segundo Obispo de Loja (Ecuador)



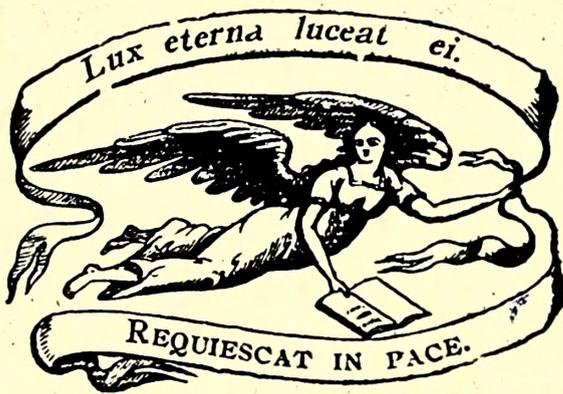
CORONA FUNEBRE

DEL

ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SR. DR. D.

José Antonio Equiguren E.

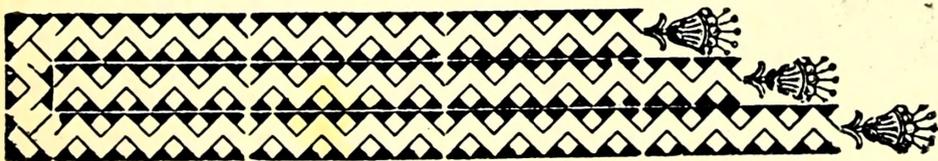
SEGUNDO OBISPO DE LOJA.



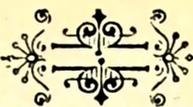
LOJA.—ECUADOR.

1911.

IMP. LOJANA.



— DOS PALABRAS. —



El Comité formado con el objeto de honrar la memoria del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. JOSÉ ANTONIO EGUIGUREN E, dignísimo Obispo de Loja, se propuso celebrar una Velada Fúnebre, para pagar, siquiera sea en mínima parte, un tributo de respetuoso cariño al eminente Prelado que tantos bienes prodigó á la Diócesis de Loja.

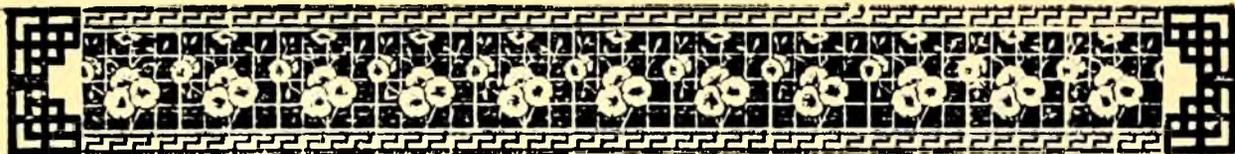
Nuestra sociedad, que admiraba en alto grado al ilustre difunto y le profesaba el más sincero cariño, acudió solícita á la invitación que le hiciera el Comité; de suerte que vino estrecho el más amplio salón del Colegio Seminario para contener á una selecta muchedumbre, ávida de exteriorizar el profundo sentimiento que le había ocasionado la eterna separación del Pastor que, hallándose en la plenitud de la vida, se sacrificó por el amor á su Diócesis. El salón estaba adornado con exquisito gusto artístico. Negros crespones y crecido número de coronas decoraban las paredes. En el fondo del proscenio, primorosamente arreglado, destacábase una hermosa cruz formada con focos de luz eléctrica, y en lugar prominente, el retrato del nunca bien lamentado Pastor.

Lo notable de la concurrencia, y el éxito de la Velada satisfizo plenamente las aspiraciones del Comité.

Al cumplir con el grátísimo deber de dar á la luz pública las siguientes piezas literarias, queremos dejar constancia de que el Ilmo. Sr. Eguiguren fue uno de los más esclarecidos hijos de esta Provincia, y una de las figuras más prominentes del Episcopado Ecuatoriano.

Ojalá que las grandes acciones del Sr. Obispo Eguiguren, sean un noble ejemplo para los que procuran la felicidad de Loja.

Los Miembros del Comité.



ELOGIO FUNEBRE

DEL

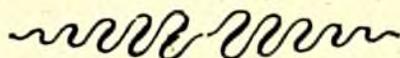
ILUSTRISIMO Y REVERENDISIMO SR. DR. D.

José Antonio Eguiguren,

DIGNÍSIMO OBISPO QUE FUE DE LOJA,

pronunciado por el Deán de la Iglesia Catedral,

Sr. Dr. D. Daniel de Jesús Ojeda. (*)



Domine, dilexi decorem domus tuæ.
Señor, yo amé el decoro y ornato de
tu Casa. (*Salmo XXV, 8*).

Católicos:

UNA CIRCUNSTANCIA excepcional me ha obligado á subir á esta cátedra sagrada, hoy que era preciso la ocupara persona más competente y más dueña de sí misma.

EL corazón, en efecto, se ha resistido fuerte y tenazmente, y se resiste aún, á ceder el puesto que reclamaban las reflexiones y los conceptos de la inteligencia, para rendir el último y tristísimo tributo de amistoso y acendrado cariño, á que, de mi parte, era en sumo grado

(*) Altamente se equivocaría quien creyese hallar retratado de cuerpo entero al Ilmo. y Rmo. Sr. EGUIGUREN [q. d. D. g.] en este modesto Elogio Fúnebre. Toda persona que se eleva un poco sobre el nivel vulgar, y con mucha mayor razón un Obispo, puede ser considerada bajo múltiples aspectos. El Autor del somero estudio piadoso que va á leerse sólo há mirado al ilustre Difunto desde el punto de vista que en hora fatal le ofreció, y nada más; pero lo ha contemplado con sincero afecto y á la luz de la más rigurosa verdad.

acreedor desde su niñez el esclarecido Pontífice, cuya prematura é inesperada desaparición del escenario de la vida estáis justamente lamentando.

¡ Ah! , cierto, cuánto he luchado y cuánto lucho todavía por conseguir que las tumultuosas oleadas del dolor que invaden á cada instante mi alma desolada, cual las negras aguas del mar Caribe se tienden, ola tras ola, sobre sus riberas solitarias, no me impidiesen cumplir el penoso, pero ineludible deber en que me hallo ya empeñado!

CUANTO he combatido y sigo combatiendo, combatiendo conmigo mismo, por contener las lágrimas y los sollozos, impropios, ay de mí, en este instante del lugar que ocupo; pero que son las únicas voces que me presta este pobre corazón á cuyo absoluto y poderoso predominio se rinden indefectiblemente todas las otras facultades y potencias del espíritu en actos como el presente.

MAS yo debo obedecer el misterioso y terrible precepto que me ha impuesto la extraordinaria coincidencia aludida, al señalarme el lugar que me corresponde en esta lúgubre ceremonia; y he de obedecerlo, cuéstemelo que me cueste, no sin adorar honda y tristemente conmovido, los divinos decretos que han hecho de esa coincidencia una verdadera profecía.

ERA en uno de los primeros meses de este año, cuando hablando confidencialmente con el llorado Pastor de esta Diócesis, discurríamos los medios de rodear de todo el esplendor, de toda la magnificencia posibles la próxima inauguración de la Capilla del Santísimo Sacramento que figuraba en la primera línea de sus más grandiosos proyectos.

QUÉ de preciosos adornos, qué de hermosísimas telas, qué de ricos cortinajes y ornamentos cuidadosamente preparados para la gran fiesta; me enseñó entonces! "*Talvez yo no he de ver realizados mis deseos*", añadió luego tristemente, como dominado por un sobrenatural presentimiento.

¡ OH Dios de la Eucaristía! Vos sabéis muy bien que entonces, en un arranque de piadosa admiración, mezclada de súbita pena, prorrumpí en estas ó parecidas expresiones: Si eso sucede, aquí tengo magníficos datos para la oración fúnebre de este devotísimo Obispo que yo llamo el **OBISPO DEL SANTISIMO SACRAMENTO**,

Hasta el texto propio está ya hecho por el Salmista; sería éste: "Señor, yo he amado y he procurado el decoro de tu Santa Casa": *Domine dilexi decorem domus tuce.*

¡OH Señor y Dios mío! quién creyera que tan prematuramente, tan pronto había de ser terrible realidad lo que entonces no parecía ni siquiera probable. Mas, puesto que Vos así lo habéis determinado, poned al menos, en mis labios, palabras adecuadas con que pueda cumplir debidamente mi inconsciente ofrecimiento, con que pueda desde esta Cátedra de la verdad tejer el merecido elogio de este ilustre y piadosísimo Pontífice, manifestando á su huérfana grey, que ciertamente fue un Obispo amantísimo, como pocos, del esplendor y ornato de esta Casa de Dios, de esta su Iglesia Catedral.

Y vosotros, carísimos hermanos, concededme unos pocos momentos de benévola atención para lograr mi objeto. Sólo os pido breves instantes; ya, porque aunque dispongo de materia abundantísima, no juzgo llegados ni el tiempo ni la ocasión, ni este es el lugar propio para trazar la biografía completa del Ilmo. Sr. Eguiguren; ya también, porque el dolor que embarga mis sentidos, solamente da treguas á la lengua para exponer muy de prisa y á la ligera lo que el corazón únicamente sería capaz de manifestar á fondo y muy por menudo, si me fuese dado haceros oír con toda claridad su íntimo, incomparable é intraducible lenguaje.

* * *

Señores:

Uno de los primordiales deberes del Obispo católico es el amor intenso y práctico que ha de profesar á su Iglesia Catedral, con la que le han unido los estrechos y sagrados vínculos de un verdadero aunque espiritual matrimonio.

¿No le está recordando á cada instante tan santa obligación el pastoral anillo con que adornaron su mano el día de su consagración episcopal, que es como si dijéramos el día de sus místicos desposorios?

UN Concilio Provincial de los más notables de Francia, celebrado á mediados del siglo anterior, ha descrito magistralmente la amplitud que ha de abrazar y has-

ta algunos detalles á que debe descender ese singular y particularísimo amor episcopal.

“Que el Obispo, dice, ame con excepcional y exclusivo amor la Iglesia que le ha sido dada por esposa; que se adhiera á ella con todo el afecto de que su corazón es capaz; que durante su vida se dedique con esmero á cuidarla, á procurar su mayor ornato y aun á enriquecerla; y que al morir la deje en herencia lo mejor de su sagrado mobiliario, conforme al espíritu de las leyes canónicas”. (1)

¿No os parece, Carísimos Hermanos, que estas palabras han sido dictadas de propósito para dibujar al vivo la fisonomía moral del llorado Ilmo. Sr. Eguiguren? ¿No os parece que son como el compendio de la historia de su corto pontificado, estudiada á la brillante luz que, cual ardiente antorcha, despedía su incansable afán de hermosear á diario su Catedral?

¡Ah! todos lo sabéis, en la conciencia de todos está, que si la inexorable mano de la muerte no hubiera arrancado tan temprano y en flor las halagüeñas esperanzas fincadas en esa preciosa existencia, habría sido puesto muy pronto este sagrado recinto, no sólo al nivel, sino quizá más arriba de muchos de los mejores templos con que cuenta la Nación.

Con todo, y á pesar del hado fatal, si me es lícito emplear esta voz pagana para darme á comprender mejor, á pesar de ese fatídico hado que se ensañó contra nuestro laborioso Pastor desde los primeros días de su pontificado, á vuestra vista está gran parte de las magníficas obras con que deja, de inmortal y patente manera, escrito su nombre ilustre aquí en esta Iglesia Catedral.

Sus obras, sí, mucho mejor que mis palabras son las llamadas á tejer la corona de merecidas alabanzas con que deben ceñirse sus sienas aún en la tumba: *Et laudent eum opera ejus.* (2)

Sus obras! Allí están en esos sagrados y sonoros bronces que, á costa de tanto trabajo y de penosos sacrificios, se procuró en esta ciudad, ó hizo venir de muy lejos, para convocaros digna y convenientemente á las funciones religiosas de esta Casa de oración.

Sus obras! Ahí están en la fachada de este hermoso templo, dispuesta en la mejor forma que permitían las

(1) Conc. Prov. de Agen.—1859. Titul. III, can. 1—5. |2| Prov. XXXI, 31

condiciones arquitectónicas del edificio, y ejecutada con tanto ingenio y rapidez que no podía pedirse más.

Sus obras! Allí están en los flamantes y valiosos paramentos sacerdotales con que ha enriquecido y aun renovado nuestra ya empobrecida sacristía; allí están en el costósimo y lujoso palio que encargó expresamente á Europa, sin reparar en gastos ni dificultades, para que sirviera de majestuoso dosel al Dios Sacramentado, al Dios de su corazón, en sus visitas eucarísticas.

Sus obras! Allí están en ese artístico y precioso sagrario que tenéis ante vuestros ojos y en otro más rico aún que el devoto Obispo, ¡ay dolor! no pudo contemplar aquí en la tierra sirviendo de habitación al Huésped de nuestros altares, como vivamente lo anhelaba, pero que en no lejano día ha de mirarlo gozoso desde el cielo.

Sus obras! Allí están en el esbelto santuario que estaba edificando para mayor honra del Santísimo Sacramento, y cuya terminación será en breve consoladora realidad, ya que el riquísimo cielo raso metálico y otros primorosos materiales pedidos por el ilustre difunto al extranjero, para que su trabajo predilecto casi no tuviese rival entre nosotros, los veréis muy pronto aquí.

Sus obras!... Pero ¿para qué cansaros con la prolija enumeración de todas ellas, cuando vosotros las conocéis muy bien, cuando en este mismo rato os estáis aprovechando de una de las más útiles y prolijas de ellas?

¿No es verdad que este hermoso pavimento que su mano cariñosa preparó para vuestra mayor comodidad, y que la horrenda desgracia que lamentamos no le permitió terminar, aunque cerrarais los ojos intencionalmente para no ver sus otros trabajos, no es verdad que éste al menos que estáis palpando os obligaría á confesar los grandes méritos que para con esta su amada Catedral ha contraído el llorado Pastor?

Y, aun dado caso que vosotros rehusarais confesarlos, reputando está su ímproba labor como cosa baladí, indigna de mencionarse desde esta Cátedra sagrada, aunque vosotros injustamente os callarais, clamarían las piedras, para valerme de una palabra de Nuestro Señor, clamarían, os lo aseguro, esas mismas piedras que el fervoroso Prelado arrancó de ese suelo que pisáis para formar á este en parte aserdereado presbiterio, muros de resguardo, al mismo tiempo

que nuevos y sagrados recintos de oración; clamarían, digo, las piedras enalzando muy alto la incansable laboriosidad y el ardiente zelo por el ornato de la casa de Dios que devoraba el alma del Ilmo. Eguiguren: *Dico vobis quia si hi tacuerint, lapides clamabunt.* (1)

¡Oh Santa Catedral lojana!, tú que en mejores días pudiste exclamar con el Profeta: Debo sobre manera mostrarme alegre en el Señor: *Gaudens gaudebo in Domino;* (2) porque el Pastor de esta diócesis me ha hecho aparecer no sólo ante ella, sino á la faz de la Nación entera, como su esposa muy predilecta, adornándome con escogidas preseas: *Quasi sponsam ornatam monilibus suis.* (3)

¡Oh Iglesia infortunada! te sobraba razón cuando te alarmaste de indecible manera al notar que el sol de la vigorosa existencia de tu amante esposo iba á ponerse en pleno día, cuando más vívidos y refulgentes rayos derramaba sobre ti.

Con justísima razón y presa de inexplicable angustia, orabas noche y día desde entonces, ante el Dios del Sagrado Tabernáculo, repitiéndole sin cesar por boca de tus sacerdotes y del pueblo todo esta queja lastimera: Cómo es posible, Señor, que llegue tan temprano para el amado de mi corazón la sombría noche de la muerte, esa noche en la cual, como Vos mismo dijisteis, nadie puede continuar sus obras comenzadas: *Venit nox in qua nemo potest operari.* (4) Nadie, aunque disponga de una voluntad tan decidida, enérgica y tenaz como la del ilustre agonizante! — ¿Quién llevará á cabo esas obras? — ¿En donde se halla el que posea el raro secreto suyo de apartar, casi sin esfuerzo, los obstáculos al parecer insuperables que le salían al paso en sus empresas materiales? — ¿En donde está, y lo juzgaremos digno de compartir las alabanzas que para él solo yo tenía reservadas?: *Quis est hic et laudabimus eum?* (5)

Así se expresaba esta ya casi huérfana Catedral lojana, si no con palabras, con hechos palpitanter. Y en su abatimiento sumo, casi diría en su desesperación, se dirigía á vosotras almas escogidas, á vosotras *que moráis noche y día en los atrios de la Casa del Señor*, y os recomendaba calurosamente con las palabras del Salmista que levantaseis sin

(1) Luc. XIX, 49.

[2] Isai. LXI, 10.

[3] Ibid.

[4] Joan. IX, 4.

[5] Eccli. XXXI, 0.

interrupción vuestras manos suplicantes hacia el Santo de los Santos: *Extollite manus vestras in sancta* (1), pidiéndole la conservación de vida tan preciosa, aun por medio de un verdadero milagro.

Eso ya era demasiado, estáis quizá diciéndoos no pocos de vosotros. Pedir un milagro! ¿Y por qué no habíamos de pedirlo y hasta esperarlo en este caso? ¿No es por ventura la vida de un Obispo benéfico mucho más valiosa que la de una matrona caritativa, como aquella de que nos habla el autor de los Hechos Apostólicos? Y, sin embargo, la vida de ella la reclamaron al Señor los primitivos cristianos y la obtuvieron ciertamente, aunque ya la piadosa Tabita estaba muerta.

Como medio para conseguir tan señalado prodigio, según dice el Sagrado Texto, desplegaron al aire las túnicas y vestidos que la compasiva viuda proporcionaba á pobres y menesterosos: *Ostendentes tunicas et vestes quas faciebat illis.* (2)

¿Y acaso nosotros no teníamos mejores comprobantes de la benéfica labor de nuestro ilustre enfermo con que mover la piedad y compasión del Omnipotente? Todos sabíamos que al Ilmo. Sr. **Eguiguren** eran deudores no pocos necesitados del ropaje material que cubría su desnudez; todos conocíamos perfectamente que él era quien distribuía, á manos llenas y á costa de ingentes y rudos sacrificios, esas preciosas vestiduras del saber, de la virtud y de la piedad con que iban adornándose las inteligencias y los corazones de las numerosas bandadas de niños que aquí veis. Las Escuelas Cristianas debidas á su generosidad y en las que se engalanaban las almas con rica vestidura, enteramente superior á la más excelente que pueda cubrir los cuerpos, ¿no nos daban, en cierto modo, más derecho que á los primeros fieles para demandar el milagro apetecido?

¿Por qué no habíamos de pedirlo, fundados además en la especialísima providencia con que parecía regir Dios desde tiempos atrás los destinos del segundo Obispo de Loja? ¿No fue su primer Obispo propio, el preclarísimo Señor Masiá, de santa y venerada memoria, quien acogió bajo su alta protección y libertó de temidas asechanzas é inminentes peligros, ocultando en su episcopal palacio, á su futuro sucesor, en días sumamente aciagos para el entonces joven

[1] Ps. CXXXIII, 2.

[2] Act. Ap. IX, 39.

seminarista, no menos que para toda su distinguida familia? (1)

¡ Ah! ciertamente que no se nos podía tachar de temerarios porque suplicábamos al Dios que casi visiblemente nos designó desde temprano este Pastor, porque le conjurábamos, recordándole tan providencial circunstancia, que nos lo prestase por algunos años más, siquiera fuese necesario que su Omnipotente diestra hiciera ostentación de inusitado portento.

¡ Pero todo en vano!

El Angel tutelar de esta Iglesia, lloroso y triste, unía indudablemente sus fervorosas plegarias á las nuestras; mas al notar la inexorable actitud del Todopoderoso, nos es lícito creer que exclamaría con el Patriarca de Idumea: Yo adoro, oh Señor tus inescrutables decretos, pero sé bien que al joven Pastor de la grey lojana no quieres prorrogarle *el corto número de meses que en secreto le tenías señalado: Numerus mensium ejus apud Te est.* (2) — No quieres permitirle traspasar el término fatal de la breve vida que le fijaste: *Constituisti terminos ejus, qui præteriri non poterunt.* (3)

ENTONCES esta desventurada Catedral, como si hubiese oído tan desconsolador lenguaje, volvía sus nublados ojos á María Inmaculada, á su Augusta y poderosa Patrona, clamando así por boca de sus ministros y sus fieles: Oh Madre sin mancilla, salva con tu poderío al hijo más ilustre, á uno de los más devotos con que cuentas en esta ciudad! ¿ Acaso si quieres, no pudieras arrancarlo del imperio de la muerte que ya pisa los umbrales de su morada? ¿ Acaso no puedes restituirlo en este momento mismo al pie de tus altares? Reina del Empíreo, vuelve la vida al laborioso Obispo agonizante!

¡ Ay! pero también ruego inútil! Desde su sagrado trono parecía que la Inmaculada Virgen contestaba con aterradora impasibilidad: ¿ No recordáis que este devotísimo Prelado gravó en su escudo episcopal esta significativa frase: Oh María, tuyo soy: sálvame: *Tuus sum ego: salvum me fac?* Ha llegado el momento de escuchar su fervorosa demanda; hoy es día muy grato á mi corazón, porque me

(1) Esto pasó en Diciembre de 1886, á raíz de la trágica muerte del apreciable caballero Dr. D. C. Federico Eguiguren, digno padre del Ilmo. Sr. Obispo elogiado. (N. del E.) (2) Job. XIV, 5. [3] Ibid.

recuerda el incomparable privilegio de mi divina maternidad, y este día será también el último de la penosa peregrinación, aquí en el mundo, del piadoso Obispo lojano!

Y el 18 de Diciembre, día nefasto, día de luto y de llanto para esta Iglesia, volaba el alma de su lamentado Pastor á las misteriosas regiones de la eternidad!

¡Oh Jesús Sacramentado! á quien tanto amó en la tierra el Ilmo. Eguiguren, que mientras nosotros aquí deploramos su perpetua ausencia, sumidos en hondo dolor, al menos él gozoso y radiante de gloria, haya llegado á tu trono celestial para repetirte una y mil veces: Señor, Tú sabes que siempre he amado el decoro de tu Casa:

Domine dilexi decorem Domus tuæ.

ASÍ SEA.



Discurso de la Velada.

El 31 de diciembre de 1910, esto es trece días después del fallecimiento del Ilmo. Sr. Eguiguren, se llevó á cabo la Velada que organizó el Comité respectivo.

Por no permitirlo el rito de la Iglesia, no pudo el Comité, como era su deseo, mandar á celebrar honras fúnebres en la Catedral, el mismo día de la Velada.

He aquí la invitación y el programa publicados al efecto:

Señor:

El Comité de la Juventud Lojana, formado con el objeto de honrar la esclarecida memoria del que fué Ilmo. y Rmo. SR. DR. D. JOSÉ ANTONIO EGUIGUREN, suplica á Ud. se digne asistir á la Velada que, en honor del nunca bien sentido Prelado, va á celebrarse hoy á las 7 p. m., en uno de los salones del Seminario, de conformidad con el programa adjunto.

Por este acto de benevolencia se anticipa en dar á Ud. los más efusivos agradecimientos.

LOJA, 31 DE DICIEMBRE DE 1910.

El Directorio:

Agustin Carrión, Máximo A. Rodríguez, José María Suárez,
Pío Jaramillo Alvarado, José Miguel Carrón, Flavio Vélez.

PROGRAMA.

- 1° Obertura por la Banda;
- 2° Gran Coro á cuatro voces, por H. P. Danks. Canto en inglés por notables jóvenes de esta ciudad;



- 3° Discurso del Sr. Dr. Máximo A. Rodríguez;
- 4° Paráfrasis de Job. Solo de tenor, ejecutado por el Sr. D. Flavio Vélez;
- 5° Poésía del Sr. Dr. Emiliano Mora;
- 6° Melodía por A. Briet. Concierto de piano y violín, ejecutado por los connotados artistas SS. Antonio de J. Hidalgo y Segundo A. Moreno;
- 7° Discurso del Sr. D. Pio Jaramillo Alvarado;
- 8° Concierto de varios instrumentos. Música de Franz Schubert;
- 9° Poesía del Sr. D. José Miguel Carrión;
- 10 Sospiro del Cuore. Nottúrmino de Ernesto Becucci. Concierto de piano y clarinete;
- 11 Melodía fúnebre por la Banda.



DISCURSO DEL SR. DR.
Máximo A. Rodríguez.

Señores:

HACE apenas tres años á lo que, en este mismo local, hallábase congregado lo más culto de la sociedad lojana, con el fin de tributar un homenaje de respetuoso cariño y de filial adhesión al nuevo Pastor que acababa de ser consagrado Obispo de esta Diócesis. Cuánta alegría se dibujaba en todos los semblantes, cuántos hosannas se escapaban de los pechos, qué de cantos armoniosos llenaban el espacio, y subían, y subían como el humo del timiama, hasta perderse allá en los cielos. Hoy miro también reunido á lo más selecto de nuestra sociedad, pero con qué distinto objeto. La alegría de ayer ha trocádose en amarga tristeza; los hosannas, en hondos lamentos; los cantos de júbilo, en trenos afflictivos. Hoy no nos hemos congregado para desear al Pastor, como en ese entonces, que la felicidad más cumplida le acompañe, *ad multos annos*, como canta la Iglesia el día de la consagración de un Obispo; hoy hemos venido á lamentar la desgracia que pesa sobre Loja, como una mole de plomo; hemos acudido á dar al ilustre difun-

to un adiós eterno.

➤ **LA** propia magnitud de una desgracia nos la hace en ocasiones increíble; palpamos la dura realidad, y no podemos convencernos de ella; el llanto escalda las mejillas, y nos imaginamos soñar. Increíble nos parece la muerte del Ilmo. Sr. Dr. D. José Antonio Eguiguren, y es sin embargo una aterradora realidad. De cuanto él fue no nos queda más que el recuerdo, pues su alma voló á recibir el merecido galardón, y su cuerpo yace oculto para siempre bajo una yerta loza. El recuerdo del Ilmo. Sr. Obispo Eguiguren no es, sin embargo, de aquellos que desaparecen como la estela que deja la nave al romper las ondas del vasto océano. Las obras que realizó perpetuarán ese recuerdo y harán que su nombre no desaparezca como débil arista consumida por el fuego.

✻ **VOSOTROS**, señores, sois testigos presenciales del celo apostólico que enardecía su gran corazón. El embellecimiento y ornato de la Catedral, en la que invirtió ingentes sumas de su propio peculio, diciendo están que *el celo por el decoro de la casa de Dios lo consumía*. Riquísimos paramentos que dan más esplendor al culto divino, preciosos tabernáculos para el Prisionero de amor, traídos de Europa, amplitud y refacción de la Capilla del Sagrado Corazón, diferentes artísticas imágenes, multitud de focos y hermosas arañas para el alumbrado eléctrico, coronamiento de la fachada, un palio de los más preciosos que hay en la República, nuevas campanas, costosísimo pavimento, y en fin, una multitud de mejoras, cuya sola enumeración vendría á cansar, llevadas á cabo en la primera de nuestras Iglesias, pregonando están la munificencia y la prodigiosa actividad del Sr. Obispo de Loja. A la vez que llevaba á cima considerables reparaciones en el Palacio Episcopal y el Seminario, traía una magnífica prensa para la Imprenta del Clero y levantaba un soberbio edificio para los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

✻ **EN** horas de angustiosa expectativa para la Patria, viéronse obligadas las tropas á ocupar las dos casas fiscales, cedidas generosamente por el Gobierno para local del Colegio Mariana de Jesús. ¿ En dónde encontrarían albergue las Religiosas y las educandas, que en aras de la salvación de la Patria tenían que sacrificar las comodidades que les proporcionaba una espaciosa mansión? La solicitud del

Sr. Obispo Eguiguren, postrado ya en el lecho de muerte, proporcionó en el acto nueva casa para Colegio y libertó á Loja de la desgracia de perder una Institución que de largos años atrás viene prestando incalculables beneficios y dando la más esmerada educación á las señoritas de Loja y á muchísimas de la Provincia de El Oro.

➤ **ENJUGAR** las lágrimas de los que sufren es practicar la suprema de las virtudes. El hombre que más lágrimas enjuga, el que más dolores mitiga, el que cura mayores heridas del alma, es el que más se asemeja á Dios, porque practica la primera de las virtudes: la caridad; como quiera que, según la admirable expresión de un Apóstol, Dios es caridad. (1)

➤ **ID** á la Casa de Huérfanas, á esa mansión donde baten sus alas impalpables el Angel del Dolor y el de la Inocencia; mirad á esas niñas que saborean el acíbar de la orfandad y sufren la nostalgia de las caricias maternas, y preguntadles, ¿quién ha sido su Providencia en la tierra, quién ha enjugado sus lágrimas, quién se ha desvivido porque no les falte el pan cotidiano?; y ellas repetirán acordes y bendecirán fervientes el nombre del Pastor que hemos perdido. Id á la morada donde luchan con las dolencias corporales los pobres enfermos, y pronunciad ahí el nombre del Ilmo. Sr. Eguiguren, y veréis como se animan los que yacen postrados en el lecho del dolor, y olvidando un momento sus angustias, exclaman: ¡bendito sea!

➤ **HAY** al Sur de esta ciudad una casa de recogimiento y oración, casa, que es algo así como piscina del alma. Ahí se reúnen anualmente centenares de personas que desean enmendar sus faltas. Oh, si las piedras de esa casa pudieran hablar, sólo tendrían palabras de admiración para el Sr. Obispo Eguiguren, quien facilitaba, preferentemente á las personas desvalidas, los medios necesarios para que puedan recogerse por varios días á hacer el recuento de sus culpas y á curar las lacerias del alma.

➤ **GRANDES** ha sido los bienes que ha hecho el ilustre difunto, en el corto tiempo de su episcopado, pero á mi modo de ver, ninguno más eminente, ninguno de mayor trascendencia social, ninguno por el que se haya hecho más acreedor á una eterna gratitud, como la crea-

[1] Carta primera de San Juan.

ción y sostenimiento de las escuelas primarias, dirigidas por los abnegados hijos de La Salle. Ahí donde se abre una escuela, se cierra un presidio, afirmaba cierto pensador; y en verdad, que tenía razón para hablar de esa manera. Sin escuelas donde, á la vez que se prenda la luz en la inteligencia, se siembre el bien, la virtud, en el corazón del niño, es imposible el adelanto social. La escuela que reúna estas dos condiciones, es un cenáculo donde se preparan los apóstoles, los futuros bienhechores de la sociedad. Durante un decenio nos abandonaron los Hermanos, y cómo suspiraba Loja porque vuelvan á hacerse cargo de las escuelas. Cuando parecía perdida la esperanza de que se realizara tan ardiente deseo, fue consagrado Obispo de Loja el Ilmo Sr. Eguiguren, y no quiso venir á su Diócesis sin traerle el mejor presente, esto es los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Aquí tenemos á estos abnegados maestros, iluminando la inteligencia y formando el corazón de quinientos niños; aquí están cual consumados arquitectos, poniendo los cimientos del futuro bienestar de Loja; aquí están, como peritísimos orfebres, labrando las joyas con que se engalanará más tarde la ciudad de Mercadillo. Mas, para desgracia nuestra, murió el Ilmo. Sr. EGUIGUREN, y es de temer que mueran también las escuelas por él sostenidas. ¿Qué harémos en esta situación tan aflictiva?; ¿nos cruzaremos de brazos, y veremos impasibles que se ausenten, quizás para no volver, los incomparables maestros que se hallan labrando el futuro bienestar de Loja? ¿Permitiréis, conciudadanos, permitiréis, matronas, que así perdamos un tesoro de tanta valía? ¡Ah!, no señores, no lo consintamos jamás. A vosotros, los que deseáis ardientemente la felicidad de esta Provincia, á vosotros, padres de familia, que habéis confiado vuestros hijos, —esos pedazos del corazón— á los Hermanos de las Escuelas Cristianas; á vosotros esforzados jóvenes que formáis un poder incontrastable, os cumple arbitrar los medios de sostener las escuelas de los Hermanos. Debemos convencernos que ésta es la mayor necesidad actual de nuestra Provincia y el mayor bien que podamos depararle. El sostenimiento de las escuelas será también la mejor manera de honrar y perpetuar la veneranda memoria del ilustre Obispo que las estableció.

LOS grandes dolores no se aprecian en toda su amplitud desde el primer instante en que se los sufre, por-

que el espíritu siente un aturdimiento que no le permite medir la plenitud de la desgracia. Cuando se hayan secado las lágrimas que arrancó el sentido fallecimiento de nuestro Obispo; cuando, acallados los lamentos, demos lugar á la reflexión, entonces comprenderemos la magnitud de la desgracia, entonces apreciaremos el verdadero valor del bien que nos fue arrebatado.

➤ **N**O creo muy fácil que Loja vuelva á tener un Obispo tan lojano, —perdonadme la expresión— como el Ilmo. Sr. EGUIGUREN. La gloria de Dios y el engrandecimiento de Loja eran su única aspiración. En aras del amor á Dios y del amor á su Provincia, sacrificó reposo, comodidades, fortuna y hasta la misma vida. ¡Benditos los que así cumplen su misión en la tierra. Bendita para siempre la veneranda memoria del ILMO. SR. EGUIGUREN!

➤ **A**DIÓS, querido PASTOR de nuestra Diócesis; adiós ilustre benefactor de la ciudad que tuvo á honra ser vuestra madre. Dormid en paz el sueño de los justos. Siendo el más joven de los Obispos del Ecuador, fuisteis el primero en caer al golpe de la muerte, pero caisteis, después de rebasada la medida de las buenas obras. No estáis solo en la fría mansión de la tumba;—ahí os acompaña, guardando vuestro sueño, el Angel tutelar de Loja, ahí os acompañan también, volando cual ligeras doradas mariposas, las bendiciones sinceras de los cien mil habitantes de esta Provincia. Vuestra alma justa es en el cielo, espíritu dichoso que goza de las eternas delicias. Continúad desde ahí alcanzándonos favores, y velad sobre todo por los infelices niños, que lloran inconsolables vuestra separación eterna. Ellos son los que más necesitan vuestro amparo. ¡Piedad para ellos! ¡Protección para ellos!

➤ **Poesía del Sr. Dr. Emiliano Mora.** ➤

AS primeras angustias han pasado
como años de tormento,
sin que nada se hubiere mitigado
mi acerbo sufrimiento:
te lloro en la mañana,
tu recuerdo despierta mi agonía,

y tras noche de duelo,
al retornar la aurora,
doliente, sin consuelo,
me sorprende la luz del nuevo día!

Llorando he contemplado
el féretro querido,
mustio despojo del Pastor perdido!
Al fuego de mis lágrimas ardientes,
vivificar quisiera tu existencia
y trocar por la mía,
inútil y sombría,
tu necesaria paternal presencia!

Quisiera en mi locura
buscarte en la profunda sepultura;
devolverte á la vida un sólo instante
y poniendo á tu pueblo por delante
preguntarte, Señor, con amargura:
si acaso su cariño,
la pasión incendiaria de quererte,
merecieron la pena de tu muerte!

(Perdona mi desvarío,
pues, no alcanza mi razón:
si el afecto no es desvío,
¿por qué se alejan, Dios mío,
las prendas del corazón?)

Mas ay! si Dios no vuelve
á los que escoge para sí en el cielo;
tras anargo desvelo,
tras angustioso sin igual tormento,
por creciente dolor despedazado,
lloroso y sin aliento,
torno á llorar con llanto renovado!

Tras la desgracia temprana
de su primer orfandad,
era la Iglesia lojana,
flor marchita en la mañana,
Agar en la soledad.

En las rocas del olvido,
E viuda, triste y desolada;
era Lázaro perdido
en el sepulcro escondido
de esta tierra desgraciada.

Mas, por suerte inmerecida,
M nuestro segundo Pastor,
dijo á su Iglesia querida:
Esposa, vuelve á la vida
en los brazos de mi amor.

Y volvió ¿ no estáis mirando ?
Y Cada instante de su vida,
padeciendo y trabajando,
iba bienes derramando
sobre la patria querida.

Fiat lux, dijo el Eterno,
F y al sonar de su voz omnipotente,
la triste noche descendió al averno
y la vida surgió resplandeciente.
Entonces la Esperanza,
sobre trono de rosas colocada,
de mirtos coronada,
emblema de ventura y bienandanza,
luciendo en pleno día
derramaba torrentes de alegría.

¿ **D**ificultades, pobreza,
¿ D contratiempos, sinsabores ?
En nada su alma tropieza,
y con heroica entereza
convierte espinas en flores.

Trabajador impetuoso,
T nada á su brazo resiste;
desprendido y generoso,
el imposible afrentoso
para el Obispo no existe.

Mas ¡ ay ! por triste derecho
M hay almas en este suelo,

que encontrando el mundo estrecho
no caben dentro del pecho,
y se regresan al cielo.

Alma pura, enardecida
de entusiasmo en los ardores;
se quema en su propia vida,
sobre el ara bendecida
de sus místicos amores.

Llorad con el sentimiento
del corazón angustiado,
pasó por el firmamento
quien era luz y ornamento
de este suelo infortunado!

Hijos de Adán, su mísero destino,
en herencia fatal nos ha quedado:
como á él, en castigo del pecado,
del Edén, nos arrojan al camino!.....

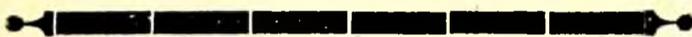
Como las flores sin sol ni riego
tristes y mustias suelen morir,
porque no tienen cuando ellos faltan
calor ni savia para vivir;

Como la alondra sin compañero
cantos amargos sabe entonar,
porque perdidas sus esperanzas
no hay en el mundo qué pueda amar;

Así la Iglesia con tu partida,
se ha deshojado como la flor;
comoavecilla huérfana y triste,
sólo ha quedado....
¡sólo ha quedado.
con el sollozo de su dolor!

¡Ay, Iglesia desgraciada,
que entre lágrimas de fe,
contemplas acongojada
la túnica desgarrada
de tu querido José!

Como gladiador valiente
tras la lucha del amor,
se ha dormido dulcemente
llevando sobre la frente
laureles de vencedor!



Discurso del Sr. Dn. Pío Jaramillo Alvarado.

Señores:

¡ Soy el amigo de los muertos!
¡ El culto apoteótico de las tumbas es mi culto!
¡ Lo desconocido, el misterio, tiene en mi espíritu la
suprema adoración que no alcanzan las concepciones ma-
terializadas del más allá!.....

¡ Amo á la Esfinge, que como el gran interrogante
de luz, sobre el fondo gris de la existencia, cierra el pa-
so al viajero candoroso que marcha confiado en pos de
la fortuna, por creerse poseedor de los íntimos secretos
del país encantado.....!

Es que el orgiástico banquete de la vida, no es has-
ta cierto punto, sino el triunfo vano de la ambición y el
dolo; el encumbramiento de la nulidad y la mentira so-
bre el mérito real, y el frustramiento de hombres cuya
aureola de inmortales energías, no les permite ser com-
prendidos por el común de sus contemporáneos.

Es que sobre las tumbas flota el espíritu de los
muertos, y las ondas quejumbrosas del proceloso mar de
las pasiones, no llegan sino mansamente á morir al pie de
los mausoleos y las fosas olvidadas!

I es entonces, cuando el hombre puede ser juzgado.
Las necrologías, las ovaciones fúnebres, no son sino la con-
tinuación del juicio de los muertos, que há siglos practi-
caron los pueblos orientales.

Pero si al amar las tumbas y rendir un tributo á los
que fueron, se levanta en nuestro espíritu la fulgente fi-
gura de la gloria, encarnada en un ilustre ciudadano, hon-
ra del patrio suelo; si desde ultratumba, pregoná la Fa-
ma, con su trompa épica, que el apóstol caído prema-
turamente, ha obtenido la inmortalidad de su nombre, por
sus virtudes y sus obras prácticas realizadas en bien de

la Humanidad, entonces, ya no es tan sólo la obsesión simpática hacia el misterio lo que nos atrae al pie de un túmulo, sino el cumplimiento de un deber cívico, el que nos impele á rendir pleito homenaje á la memoria de los hombres ilustres.

I he aquí el por qué de mi humilde presencia en esta solemne ocasión.

Sin ningún vínculo de amistad con el que fue Ilmo. y Rmo. Obispo de Loja, Sr. Dr. Dn. José Antonio Eguiguren, cuya muerte lamentamos; alejado siempre por altiveces de carácter de todo cuanto significa poder, influencias sociales, ó algo así que pudiera interpretarse como una conquista de comodidades, á trueque de humillaciones, creo hallarme en puesto muy firme para poder hablar de Monseñor Eguiguren; esto aparte de mis convicciones políticas.

I bien, si la abnegación y el sacrificio constituyen un mérito, si la renuncia de todas las ventajas que una cuantiosa fortuna y el cariño del hogar ofrecen, para consagrarse al cumplimiento de deberes que fácilmente han eludido otros, sin exponerse á menoscabar la propia fortuna; si la protección á la instrucción pública, en esta época menguada, en que el maestro de escuela, el apóstol de la civilización, es un pobre mendigo á quien se le niega el miserable mendrugo que se le ha señalado y se le obliga á abandonar á los niños en manos de la ignorancia para librarse del hambre; si en esto hay mérito y también existe en el hecho de haber reconstruído, ornamentado y embellecido templos y edificios de su cargo, y haber emprendido en numerosos trabajos, que no detallo, por no ser este el lugar adecuado, si en esto que hizo Monseñor Eguiguren, hay un valor muy grande, preciso es, descubrirse ante una tumba que tan preciosos despojos encierra, hacer justicia al mérito y publicar sus virtudes.

I mi admiración crece cuando considero la estrechez del teatro que la suerte le dió al Obispo Sr. Eguiguren, para el desenvolvimiento de sus energías, de sus entusiasmos y el derroche de sus bondades.

No se me acuse de antipatriota, á mí, que siento conmoverse el alma cuando de las cosas del terruño se trata, porque diga una verdad muy amarga, pero que por ser verdad debe ser dicha alguna vez. No creo yo que el mal que corroe á una sociedad es preciso ocultarlo por fú-

tiles pretextos, antes bien, persuadido estoy, que es menester levantar el velo y decir con franqueza: he aquí el mal. busquemos el remedio. ¿Es necesario la amputación ó el cauterio? ... que se expulse, que se arroje ese elemento nocivo, ó se queme, se cauterice ese virus y se salve la sociedad.

Pues bien, señores, Loja no es la madre sino la madrastra de sus mejores hijos.

Esta aseveración que pudiera aplicarse y ha sido aplicada á todo el Ecuador, es en cuanto se refiere á esta sociedad, de consecuencias fatales, y urge, por lo mismo, combatir el mal, antes de que sus proporciones sean mayores.

Un egoísmo calculado, frío; una indiferencia abrumadora, persigue aquí al hombre que ha cometido el delito de de levantarse un codo sobre el nivel de la vulgaridad; no hemos conseguido aún aclimatar la generosidad ni cultivar el estímulo; nuestra juventud ardorosa por naturaleza, inteligente y patriota, no da todo lo que pudiera dar, por la falta de apoyo, y en vano busca un Mecenaz, que complete la obra del Filántropo Valdívieso.

I sin embargo de esta corriente adversa, y por sobre toda dificultad, Monseñor Eguiguren realizó las obras enumeradas en un lapso de tiempo cortísimo, porque tuvo un colaborador irresistible: el carácter.

¿Que ha tenido algunas equivocaciones? Bien. ¿Y el sol deja acaso de ser el astro—rey porque tiene algunas sombras?

I después de estos conceptos, restan aún los personales merecimientos, la caballerosidad y exquisita cultura que le adornaban en el trato social: una inteligencia clara, un juicio recto, y como complemento una caridad abundante y espontánea, cortejaban al hombre cuyo desaparecimiento deploramos.

El cumplimiento estricto del deber, precipitó á la tumba al apóstol que abrigaba hermosos proyectos, y que por lo tanto, pudo decir con el infortunado poeta Chénier: ¡Lástima, morir tan joven, y cuando grandes pensamientos acariciaba en mi cerebro!

I nosotros los que desde la orilla hemos contemplado conmovidos este inesperado naufragio de ideales y esperanzas, exclamemos y hagamos nuestro este feliz pensamiento, que el profundo sociólogo y novelista español,

Vicente Blasco Ibañez, ha puesto como título de una de sus mejores obras: "Los muertos mandan".

Sí, ellos mandan desde sus tumbas, no sólo por atavismos y prejuicios morales ó étnicos, sino también por el ejemplo en la práctica de virtudes y la realización de importantes obras: los que vivimos no somos sino legatarios de los muertos, sus ejecutores testamentarios: raza, religión, idioma, cultura, todo se lo debemos, con el aditamento de la propia labor; y nosotros nada hemos hecho y somos reos de lesa civilización, si no acrecentamos esa herencia y multiplicada la transmitimos á las generaciones que vienen.

¡ Los muertos mandan !

I el Ilmo. Sr. Eguiguren, desde esa lóbrega tumba, mandando está que imiten sus virtudes, que concluyan sus obras y realicen sus ideales.

I también manda ese lojano ilustre, que se le haga justicia y se pronuncie sobre su tumba el juicio de los muertos.

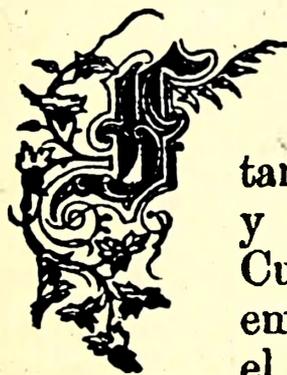
I porque los muertos mandan, yo el último de los lojanos, no he rebusado el alto honor de contribuir con mis sencillas flores funerarias, para la corona de MONSEÑOR EGUIGUREN.

He terminado.

Poesía del Sr. D. José Miguel Carrión,



I



LOR del Edén trasplantada
en el pensil del Zamora,
tan sólo vivió una aurora
y en la mañana murió.
Cuando apenas su perfume
embalsamaba el ambiente,
el cierzo frío, inclemente
su corola marchitó.

ESBELTA palma nacida
en nuestro nativo suelo,
cuando elevaba hasta el cielo
su copa altiva y triunfal,
rugió la horrible tormenta
en derredor pavorosa
y á la palma altiva, airosa
la destrozó el vendabal.

CHISPA de luz desprendida
de excelsa y fulgente hoguera,
hacia su patria primera
el raudó vuelo tendió;
y como el rayo en cielo
deja una estela brillante,
así en su vuelo triunfante
con luz inmortal brilló.

CUANDO eras gloria y orgullo
de tu patria infortunada,
de la gloria á la morada
volaste, santo Pastor,
dejando al triste rebaño
sumido en dolor profundo.
¿Por qué te fuiste del mundo,
por qué te fuiste, Señor?

PADRE amante, tierno amigo
de la niñez desvalida,
á quien tu preciosa vida
consagraste con ardor,
para ponerla á cubierto
del mal y su hálito inmundo.
¿Por qué te fuiste del mundo,
por qué te fuiste, Señor?

PLANTA exótica en la tierra,
la virtud, planta bendita
yace agostada y marchita
de los vicios al furor;
cuando halló en ti alborozada
un defensor sin segundo,
¿por qué te fuiste del mundo,
por qué te fuiste, Señor?

CUANDO la fe vacilante
quiere ausentarse del hombre,
cuando peligros sin nombre
la cercan en derredor,
te ausentas tú de este suelo
sólo en errores fecundo.
¿Por qué te fuiste del mundo,
por qué te fuiste, Señor?

CUANDO está el culto proscrito
caminando hacia el Calvario,
y está desierto el Santuario,
y se blasfema de Dios,
y la sociedad disuelta
vuelve al caos infecundo;
¿por qué te fuiste del mundo,
por qué te fuiste, Señor?

TU grande alma por tu patria
talvez no fue comprendida,
talvez minaron tu vida
la ingratitud y el dolor.
¡Pobre alma, infeliz proscrita,
no fue tu patria este suelo,
ella se hallaba en el cielo
junto al trono del Creador!

POBRE Loja, amada patria,
contra ti, ¿cómo has podido
del alto cielo ofendido
la cólera concitar?
Pobre pueblo, vierte ahora
sin tregua tu ardiente llanto,
porque un Prelado más santo
no volverás á encontrar!

II

CUAL si del sol la lumbre bienhechora
en un instante hubiérase extinguido,
y al Universo entero sumergido
en negra oscuridad;
así este pueblo que tu muerte llora,

en medio de su inmensa desventura,
sin ti, noble Pastor, en noche oscura
sumergido está ya.

¡AY! era tu virtud suave rocío
para esta tierra estéril y sombría,
do ya nunca el rumor de la alegría
su suelo animará;
hoy que en su porvenir negro y sombrío
odio, desolación, muerte la espera
¡y no tenemos Patria ni Bandera,
tampoco libertad!

¡CUAN grande era tu amor! En tu agonía
con el labio convulso y balbuciente,
por tu Iglesia y tu Grey, con ruego ardiente
orabas al Señor;
y el Angel de la muerte sonreía,
coronando con rosas tu alba frente,
é imprimiendo en tu rostro, reverente,
un ósculo de amor.

¡MURIÓ! velad tus tintes horizonte;
enturbiaos cristales del Zamora;
Inocente avecilla trinadora,
suspende tu cantar;
abate tu alta cima enhiesto monte;
Pueblo, jurad amor á su memoria;
Cielo, premiadle con la eterna gloria
su mérito inmortal!

Condolencia del Episcopado.

Arzobispado de Quito.—Rmo. Sr. Don Nicanor Riofrío, Canónigo y Vicario Capitular de la Diócesis de Loja.—Loja.—Rmo. Señor:

Toda persona sensata, toda persona imparcial, todo el que juzgue desinteresadamente no podrá menos de confesar, que la muerte del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Don José Antonio Eguiguren y Escudero es para la Diócesis de Loja una gran calamidad: esto lo desconocerán solamente los

que tuvieren interés en desconocerlo.—El Ilmo y Rmo. Señor Eguiguren se sacrificó por el bien de su Diócesis: será muy difícil encontrar alguien que ame tanto como el Señor Eguiguren amaba á Loja; quien la ame más es imposible. Obispo celosísimo de la gloria divina y del bien sobrenatural de las almas, desprendido como pocos de todos los intereses terrenales, nada escatimó en bien de su Diócesis: en edad temprana, sucumbió, á los tres años de episcopado, víctima de su celo pastoral, soportando los crueles dolores de su larga y penosa enfermedad, con la misma ejemplar paciencia, con que había hecho frente á las odiosas contradicciones, que tanto acrisolaron su virtud en los cortos años de su breve, pero laboriosa y benéfica administración episcopal.—Si en la Diócesis de Loja se deplorare el fallecimiento prematuro del Ilmo. y Rmo. Señor Eguiguren, ese pesar será indudablemente un homenaje de justicia tributado á la memoria de tan benemérito Prelado.—Dios Nuestro Señor guarde á V. S. Rma.

✠ *Federico*, — ARZOBISPO DE QUITO.
Quito, 10 de Enero de 1911.

Diócesis de Ibarra —Ibarra, á 11 de enero de 1911.—
Rmo. Señor Nicanor Riofrío, Vicario Capitular de Loja.
—Reverendísimo Señor:

Mediante su oficio del 22 del pasado diciembre se ha dignado Us. Rma. darme parte oficial del luctuoso fallecimiento del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Dn. José Antonio Eguiguren, segundo Obispo de Loja.—A nadie puede ocultarse que la prematura muerte del Prelado de esa Diócesis es irreparable pérdida, y no han pasado inadvertidos ante Us. Rma. los singulares vínculos de confraternidad santa que unían al malogrado Pastor con quien esto escribe: por lo mismo deploro la desaparición del Ilmo. Sr. Eguiguren con todo el pesar de mi alma; y bago ostensible ante el V. Capítulo lojano, ante el Clero de esa Diócesis y ante la sociedad toda mi más sentida condolencia, en la que mi Diócesis está en un solo corazón con su Prelado.—La circunstancia de haberse fijado el Vble. Capítulo Catedral de esa Diócesis en Us. Rma. para continuar en calidad de Vicario, y de haberlo nombrado tal, me hace entrever el consuelo de que la obra del Ilmo. Sr. Obispo difunto será continuada con celo y pericia. Pre-

sento pues á V. Sría. Rma. mi sentimiento de enhorabuena; y le protesto mi voluntad decidida de conservar ilesos los vínculos de cordialidad que he tenido la honra de mantener con el Prelado que acaba de descender á la tumba.—Dios N. S. guarde á Us. Rma.

✠ *Ulpiano*,—OBISPO DE IBARRA.

Gobierno Eclesiástico de la Diócesis.—Cuenca, á 3 de Enero de 1911.—Rvmo. Sr. Canónigo Dr. D. Nicanor Riofrío, Vicario Capitular de la Diócesis de Loja.—Reverendísimo Señor:

Si bien, desde el instante que supe la infausta noticia de la prematura muerte del Ilmo. Sr. Obispo de Loja Dr. D. José Antonio Eguiguren, q. d. D. g., me apresuré á manifestar á US. Rvma. mi profundo pesar y la parte principal que tomaba en el duelo de aquella importante y desolada Diócesis. hoy, al recibir la comunicación oficial de tan sensible pérdida, vuelvo á expresar á US. Rvma. los mismos sentimientos. Sin embargo, como Dios N. S. nos mezcla aquí en la tierra los dolores y consuelos, me he complacido en ver que un rayo de luz ha brillado ya para la Diócesis atribulada de Loja, y es el acertado nombramiento de US. Rvma. como Vicario Capitular de ella. Ninguno, en efecto, conocía mejor las obras é intenciones del Ilmo. Prelado difunto, ni podía por tanto conservarlas y continuarlas como US. Rvma., que le fue tan sinceramente adicto y fiel. Felicito, pues, por esta elección, no tanto á US. Rvma., que ha cargado con la cruz del gobierno eclesiástico, cuanto á la Diócesis misma y al Vble. Cabildo, que ha dado tan clara prueba de aprecio y gratitud al benemérito Prelado difunto. Unome á US. Rvma. para pedir á Dios Nuestro Señor que cuanto antes remedie la viudez de esa amada Diócesis, y entre tanto vuelvo á ofrecer cordialísimamente á US. Rvma. mis pequeños servicios y apoyo en todo sentido.—Dios N. S. guarde á US. Rvma.

✠ *Manuel María*,—OBISPO DE CUENCA.

Nº. 298.—Gobierno Eclesiástico de la Diócesis de Bolívar.—Riobamba, á 23 de diciembre de 1910.—Rmo. Sr. Vicario Capitular de la Diócesis de Loja.—Loja.—Reverendísimo Señor:

Por el respetable órgano de V. S. Rma. cumplo con el deber de presentar á la Diócesis de Loja mi profunda condolencia por la enorme tribulación con que la ha visitado Dios Nuestro Señor, privándola prematuramente de su amadísimo Pastor.—Tanto como podía considerársele feliz á esa importante Diócesis cuando poseía un Prelado de las dotes del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José Antonio Eguiguren y Escudero (q. d. D. g.), se la puede compadecer ahora que lo ha perdido; sobre todo cuando es tan necesario que las Diócesis tengan obispos que estén en constante atalaya contra los ataques del error y de la corrupción.—Cumpliendo lo que debíamos á la santa memoria del Ilmo. Sr. Eguiguren, me apresuré á celebrar por su alma solemnes exequias en esta Catedral.—Dios N. S. guarde á V. S. Rma.

✠ *Andrés*,—OBISPO DE RIOBAMBA.

Nº. 113.—Al Reverendísimo Señor Vicario Capitular, Doctor D. Nicanor Riofrío.—Loja.—Reverendísimo Señor: Acabo de recibir la atenta comunicación de Usía Rma., en la que ha tenido la bondad de participarme, oficialmente, la temprana muerte del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Dn. José Antonio Eguiguren, Dignísimo Obispo de Loja, y el nombramiento de Vicario Capitular de la misma Diócesis, recaído merecidamente en la digna persona de Usía Rma.—Lo primero me tiene contristado profundamente, desde el momento en que recibí la noticia telegráfica de tan doloroso acontecimiento; y así se lo manifesté al Rmo. Sr. Deán y al Venerable Capítulo Catedral de esa Diócesis; y en asocio del Venerable Cabildo Eclesiástico de Guayaquil, tuve la satisfacción de celebrar solemnes exequias, por el eterno descanso del Ilmo. y Rmo. Difunto.—Por lo que hace á lo segundo, no puedo menos que congratularme con la Diócesis de Loja, por la acertada designación, que ha tenido á bien hacer, de Vicario Capitular, en la digna persona de Usía Rma., el Venerable Cabildo de esa santa iglesia Catedral. El Espíritu Santo enjugue las lágrimas de esa Diócesis, huérfana de su amado Pastor; y asista con sus divinos dones á Usía Rma. en el gobierno de ella.—Dios guarde siempre á Usía Rma.

✠ *Fr. Juan María, S. O. P.*—OBISPO DE PORTOVIEJO.
Guayaquil, 7 de Enero de 1911.

Nº. 1571.—Vicaría General de la Diócesis de Guayaquil.—Rmo. Señor Dr. D. Nicanor Riofrío, Digno. Vicario Capitular de la Diócesis de Loja.—Rmo. Señor:

Con profundo sentimiento de gratitud para con V. S. Rma. he leído su atento oficio de fecha 23 del próximo pasado mes de Diciembre, en el que V. S. Rma. tiene la bondad de recordarme las cordiales y fraternales relaciones que con el Ilmo. y Rmo. Monseñor Eguiguren (q. d. D. g.), he cultivado para consuelo de mi corazón y edificación de mi alma.—He rogado y seguiré rogando á Dios por el eterno descanso del virtuoso Prelado y distinguido amigo, así como por el bienestar de la Diócesis que recibió los trabajos de su celo pastoral. Tan luego como tuve noticia del luctuoso fallecimiento de Monseñor, ordené se celebren por él solemnes exequias en nuestra Catedral, y la numerosa asistencia de todo el clero secular y regular así como de lo más selecto de nuestra sociedad resultó un testimonio inequívoco de que la muerte de Monseñor Eguiguren ha sido profundamente sentida, aún por aquellos católicos que, sin haber recibido directamente los beneficios de su prudente administración, supieron valorizar el mérito de tan distinguido como virtuoso Prelado.—Con mis sinceros parabienes por la muy merecida confianza que en V. S. Rma. ha depositado ese Vble. Cabildo Eclesiástico al elegirle por su Vicario Capitular, tengo el honor de ofrecer á V. S. Rma. mis expresiones de cordial afecto, y la seguridad de mi completa unión y fraternal concordia.—Dios Nuestro Señor guarde á V. S. Rma.

Mateo R. Viñuela.

Guayaquil, Enero 7 de 1911.

